

LA CORONACIÓN DE LAS PLANTAS

DIEGO S. LOMBARDI

LA CORONACIÓN
DE LAS
PLANTAS

NOVELA

acompañada de once ilustraciones

de

CLAUDIO ROMO



JEKYLL & JILL

ZARAGOZA 2017

La coronación de las plantas

Primera edición: septiembre de 2017

© Diego S. Lombardi, 2017

© de las ilustraciones y la sobrecubierta: Claudio Romo, 2017

© de esta edición: Jekyll & Jill, 2017

Esta obra ha sido publicada con la ayuda
del Departamento de Educación, Cultura
y Deporte del Gobierno de Aragón.

Publicado por Jekyll & Jill

jekyllandjill@gmail.com

www.jekyllandjill.com

Al cuidado de la edición: Víctor Gomollón y Rubén Martín Giráldez

ISBN: 978-84-945940-5-2

Depósito Legal: Z-1256-2017

Impreso en España - *Printed in Spain*

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico,
de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Ahora que por fin el espejo se ha roto,
¿podrás decirme qué reflejan los fragmentos?

Vargtimmen, INGMAR BERGMAN

sé de un jardín
a cientos de años del bien
a miles de metros
sobre el nivel del mal

AUGUST VON FRANKEN

DEBÍAMOS SEGUIR EL CAMINO de tierra, vadear el río y continuar hasta donde la huella se pierde, donde antes había un cartel que señalizaba el sendero y donde ahora no quedaba más que el poste. Teníamos las vagas referencias de pasar una lomada, una higuera, datos proporcionados por un anciano con quien nos topamos a escasos pasos de la iglesia; había indicado la dirección a seguir frunciendo los labios, acompañando el gesto con un seco movimiento de la cabeza. El sol de la tarde hacía sentir su calor con una intensidad inusitada para la primavera. Nos detuvimos en una explanada a estudiar las posibilidades, pues ninguno de aquellos senderos ocultos por la maleza se ofrecía más importante que otro; a primera vista parecían no tener el mismo destino. Saqué de la mochila una botella, di unos sorbos y se la pasé a Paula. Antes de guardarla eché un poco de agua sobre mi coronilla. Y entonces lo vi, casi junto a nosotros. El Guriburi. Así lo bautizamos luego. No sé a quién de los dos se le ocurrió semejante apodo, pero

la ambigüedad de aquella absurda palabra encajaba de maravilla con su persona. Había aparecido de la nada misma. Nunca supimos su nombre y continuamos refiriéndonos a él con aquel mote que parecía cargar cierta intención peyorativa. Avanzaba con la vista hacia el suelo, levantando de tanto en tanto la mirada para que descubriéramos unos ojos chiquitos e inquietos.

Se ofreció para guiarnos hasta las cuevas como si hubiera estado ensayando con antelación. Hubo un silencio filoso y observé sus labios temblar al límite de la aceptación social. Le agradecí la gentileza y respondí que no se preocupara, que sabíamos cómo llegar. Volví a perfilarme hacia el cerro, me estiré arqueando la espalda y encaré decidido por uno de los senderos.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Es por aquí, señor! —dijo El Guriburi.

Paula me miró, levantó las cejas y esbozó una fingida sonrisa mientras dejaba caer hacia un lado la cabeza.

—Vengan —insistió.

Lo seguimos hasta dar con una nueva senda, varios metros más adelante de donde antes nos habíamos detenido.

—Puedo mostrarles las cuevas. No podrán encontrarlas si no conocen el lugar.

—No llevo dinero encima —dije pensando en alguna retribución o pago por sus servicios.

Preferí evitar ilusionarlo. No parecía peligroso y estaba seguro de que podría vencerlo en un combate cuerpo a cuerpo en caso de que tuviera otras intenciones. El Guriburi comenzó a caminar y lo seguimos.

Cruzamos la lomada. Al toparnos con la higuera observé el nudoso tronco y sus hojas de cinco puntas. No había fruto alguno, era muy pronto incluso para las brevas. A medida que nos acercábamos al cerro, a diferencia del bajo, la vegetación cambiaba de forma abrupta, predominando arbustos ralos y leñosos, pastos cortos y duros. Poco a poco El Guriburi fue ganando confianza y asumiendo su papel estelar. Señalaba las distintas formaciones rocosas, el rastro en la tierra de algún animal salvaje. Se mostraba atento hasta el hartazgo y en algún punto esto nos divertía. Señor, mire allá. Señorita, cuidado con la rama.

Decidí adelantarme y, subido a una roca, me dispuse a observar el territorio, el valle y las serranías. Fue allí cuando lo descubrí señalando una planta, haciendo un gesto que la invitaba a acercarse. Cortó con sus dedos una hoja y, al arrimar su mano para que Paula pudiera apreciar el aroma, la acarició con el índice desde el pómulo hasta la barbilla en un movimiento que tuvo menos contacto que intención. A lo lejos, una guirnalda de pájaros surcaba el cielo.

—¿Qué es? —preguntó con cara de sorpresa.

—Peperina, señorita —respondió El Guriburi—. Menta silvestre.

Luego de pasar los faldeos el sendero se fue haciendo cada vez más pedregoso e impreciso hasta que ya no pude reconocer por dónde debíamos seguir. Habíamos caminado alrededor de una hora y, entre subidas escarpadas y el pecho agitado, El Guriburi daba por sentado que al día siguiente nos pasaría a buscar para una nueva excursión.

—Puedo llevarlos hasta el cementerio indio, al otro lado del morro.

Hubo un silencio incómodo y me pareció que había cierta solemnidad en lo que dijo después:

—No llevo ahí a cualquiera.

El Guriburi nos enseñó dos cuevas de escasa profundidad, aunque una de ellas parecía continuar más allá de una grieta que resultaba lo suficientemente ancha como para que una persona, avanzando de perfil, pudiera pasar. No creí conveniente deslizarme por aquel recoveco, además de estar seguro, teniendo en cuenta las características de la roca y el hecho de que no llegaba la luz del sol, de que allí no se encontraba la curiosa figura fotografiada por Von Franken.

Sí se apreciaban unas pocas pinturas que habían logrado resistir al tiempo y a la humedad; en la cueva convergían diminutas filtraciones de alguna vertiente de agua, factor que posibilitaba el libre crecimiento de musgo y líquenes. Logré distinguir la representación de un grupo de animales, tal vez llamas, realizada en blanco; también la de un guerrero, aunque muy desgastada, con lanza y tocado de plumas. Dos amplias figuras geométricas, en blanco y rojo, me resultaron por demás interesantes y me hicieron lamentar que estuvieran casi indistinguibles, pues cobraban un insólito atractivo al examinarlas bajo la idea de la simbolización de procesos trascendentales.

Parada a sus espaldas, Paula frunció la cara en un gesto de asco mientras El Guriburi bebía agua de nuestra botella.

El sol estaba frente a nosotros como un gran reflector que nos obligaba a entrecerrar los ojos, ahora mucho más cerca del horizonte. Desde aquella altura podíamos contemplar todo el valle y nos sentamos sobre una enorme roca que contenía tres cavidades, lisas y pulidas, que habían sido utilizadas como morteros por los antiguos habitantes.

Desde hacía rato, lo encantador del lugar había comenzado a contrastar con la actitud de El Guriburi, quien solicitaba nuestra atención de forma constante para señalar cualquier nimiedad; una oruga, una planta, caca de un animal salvaje.

—Miren, vengan, vengan.

Y entonces, en cuclillas, junto al hilo de agua que llegaba desde la grieta de la cueva y utilizando un palito, comenzó a dibujar en el suelo un atolondrado círculo al que rellenó con garabatos. Parecía tener una obsesión con señalar cosas viscosas. Prosiguió con una risilla estúpida y unas gotas de saliva que lanzó con destreza por entre sus dientes delanteros. Luego giró hacia nosotros:

—¿Les gusta? —preguntó mientras hundía la punta del palito en el barro.

A medida que bajábamos, desde la distancia, el pueblo tomaba la forma de una gruesa mujer echada boca arriba y con su rosario de faroles sobre el pecho. Llegamos con las últimas luces del atardecer. Contrarrestando su interés por saber dónde y a qué hora habría de encontrarse con nosotros al día siguiente, le dije que dejaríamos el paseo para otra ocasión.

—Pero señor, si usted me da dinero puedo conseguir algo bueno para comer, también vino, baratito y rico, o lo que quiera tomar la señorita.

Señaló a Paula, que ya ni nos miraba; desde hacía rato había dejado de emitir palabras.

—¿No entendés lo que te estoy diciendo? —dije ante su insistencia, alzando la voz y mirándolo desafiante.

En su cara se evidenciaba la frustración. No pude evitar sentir pena por él y creo que aquella fue la última vez que experimenté algo parecido.

—Quizás en otra ocasión —dije de nuevo, pero ahora de un modo más calmo, casi misericordioso.

MANDRÁGORA

*berenjenilla, uva de moro, planta de Circe,
columela, simili, hombrecillo plantado*

Esta planta no supera el codo de altura y suele encontrarse en zonas húmedas y oscuras. Sus hojas son grandes y ovaladas, sinuosas en el borde. Vistas desde arriba, aunque de un verde más oscuro, recuerdan las hojas de la acelga. Las flores salen del centro y son de color blanco violáceo. Su raíz posee ciertas características humanas y debe recogerse el primer día de la luna nueva tomando las respectivas precauciones. Teofrasto aconsejaba trazar tres círculos con una espada en torno a la planta y arrancarla mirando al Oriente. El fruto, parecido a una manzana pequeña de color naranja, sale en otoño y exhala un olor fétido. Algunos cuecen las raíces en vino y lo suministran a quienes no pueden dormir. Si se toman de este licor dos óbolos con clarea, purgan por arriba la flema y la melancolía. Pero, si se bebe en demasía, es mortífero. Mezclado en las medicinas para los ojos y en las que mitigan el dolor, potencia los efectos. Metido así por dentro de la natura de la mujer, en cantidad de medio óbolo, atrae el menstuo y el parto. En algunos casos, una mujer podrá ofrecer mandrágoras a otra a cambio del derecho a pasar la noche con el esposo.

[*Para que un hombre pueda saber
lo que se siente al ser amada*]

#Cortar una mandrágora en luna nueva y, en lugar alto y oculto, dejarla macerar en Chanel Nº 5 hasta el plenilunio. Transcurrido el tiempo indicado, frotar las sienes con la esencia obtenida, maquillarse, esconder la vaina entre las piernas, apretada y para atrás, y salir a pasear por Plaza Miserere cuando haya caído el sol. A modo de protección será conveniente llevar encima una pequeña rama del árbol Huluppu para así impedir el estupro de la luz matutina en contra de la noche, para no ser encontrado por las señoras, lloriqueando y con la pintura corrida, que temprano en la mañana salen a hacer sus mandados.



Mandrágora

AL ABRIR LOS OJOS no tuve inconvenientes para saber dónde me encontraba. Había dormido hasta bien entrada la mañana y la luz del día que llegaba desde la ventana abierta iluminaba toda la cabaña. Antes había escuchado el débil tintineo de una cuchara contra la cerámica de la taza, el crujir de la silla por el cambiar de lugar el peso corporal. Observé mi pierna. Apenas un rasguño que comenzaba a cicatrizar. Me levanté en calzoncillos.

—Buen día —dijo y me miró la pierna.

—Buen día —respondí y torcí la pierna hacia dentro para mostrarle la herida—. No es nada.

—De todos modos creo que deberías ir al hospital, a un consultorio o a lo que sea que haya en este pueblo.

Me asomé y observé el cerro pensando en nada.

—Por la rabia —agregó.

La noche anterior, al retornar luego de la excursión a las cuevas, habíamos comprado en una despensa: un paquete de spaghetti, tomates, pan, queso, un par de latas de cerveza y una botella de bourbon. Era la primera vez que volvíamos caminando de noche desde el pueblo. Habíamos arrendado la pequeña cabaña a La viuda de las tartas y a un precio muy conveniente. Nuestra intención inicial había sido la de quedarnos durante una semana; el lugar, si bien era bastante modesto, contaba con lo necesario para la estadía: colchón de dos plazas, un refrigerador Siam que casi no enfriaba,

un vetusto termo tanque a leña, una mesa, tres sillas, un teléfono de disco que sólo podía recibir llamadas, un anafe con dos hornallas, una sartén, una olla, dos vasos, tres platos y unos pocos cubiertos.

Las tenues luces de las casas, cada vez más dispersas, eran las únicas referencias a medida que nos internábamos en la oscuridad de las callejuelas. A pesar del hambre y el cansancio avanzábamos riendo y compartiendo las impresiones que el encuentro con El Guriburi había provocado. Es por acá, tonto. No, es por acá. ¿Estás seguro? ¿Por qué no vamos a buscar a El Guriburi para que indique el camino? Paula parecía haber dejado atrás el malhumor. Se maravilló al observar el cielo, despejado casi por completo; no había luna y las estrellas se ofrecían como nunca lo hacen en la ciudad. Luego fue el descubrimiento de una luciérnaga y, más adelante, cruzando la acequia que serpenteaba junto al camino, en un terreno con acacias donde la oscuridad formaba un denso telón, las luces multiplicadas apagándose y encendiéndose aquí y allá.

—Son como las luces de navidad —dijo.

Nos sobresaltó un ladrido. Luego otro, muchos otros, pues emergiendo paulatinamente desde las sombras comenzaron a mostrarse los miembros de una ecléctica jauría, cada vez más furiosos, cada vez más atrevidos. Percibí el terror en su voz:

—¡Fuera! ¡Fuera!

Se acercaban decididos a atacar. Paula estaba asustada, aquellos perros no eran como los perros que conocía; perros

con correa, gorrito y olor a frambuesa, perros pervertidos por sus amos mediante la caricia constante, perros degenerados que se acomodan en el regazo de una anciana para mirar un programa de tv donde Julián Weich tiñe con pompas y morisquetas la plancha que Nilda de Villa Dominico ganó por haberse comunicado. Continuamos avanzando de espaldas, cargando las bolsas, dándole la cara a los ladrillos, a los desvergonzados dientes y los pelos erizados. Les arrojé piedras y sucedió en un descuido cuando uno de ellos, el más encarnizado, se prendió de mi pantalón con furia. Lo pateé con la pierna libre, con todas mis fuerzas, y de inmediato pegué el tirón para desprenderme y perder parte de la botamanga. Volví a tomar una piedra y logré darle en el tórax. Paula estaba aterrada. Yo también lo estaba un poco, no voy a negarlo. Al llegar me lavé la herida con agua y jabón y presioné con mis manos la zona para que brotara la sangre. Le eché un chorro de whiskey. No había logrado morder muy profundo, apenas me había arañado con sus dientes. Aquella noche nos dormimos sin casi tocarnos. El viento hacía golpear cosas que desconocíamos. Era nuestra segunda noche en /pueblo\.

Paula había hecho tostadas; me senté en la mesa, tomé una y la unté con manteca. Durante lo que quedó de la mañana descubrí en varias oportunidades a El niño de los dientes picados espiándonos por el ojo de la cerradura. Utilicé el envoltorio de un caramelo para tapan el orificio y así mantener la intimidad.

—Ah, ya pusiste el protegedor —dijo.

Al parecer, estaba habituado a que le nieguen ciertos paisajes.

Puedo afirmar, a riesgo de ser acusado de simplista, que la causa de que nuestra estadía se prolongara por más tiempo del esperado fue la descarga de la batería y la aparente rotura del embrague, algo por demás factible en un auto tan viejo y deteriorado. Salimos de la cabaña después del mediodía con la intención de recorrer el lugar y ver qué posibilidades existían de ubicar la última morada de Von Franken. Pensé en consultar a La viuda de las tartas. Llamé a su puerta; nadie contestó. Algo parecido sucedió al subir al coche y dar arranque. Levanté el capó; puro teatro. No sabía nada de mecánica. Aquel auto me había sorprendido en una callecita de Mataderos y allí me quedé observándolo, abstraído, pues recordaba que había uno igual, aunque en mucho mejor estado, siempre estacionado frente a mi antigua casa materna. Luego supe que se trataba de una coupé Dodge Polara. Año 74. Incluso hasta estaba pintado del mismo color: naranja. Te lo vendo, dijo un muchacho y sin habérmelo propuesto me encontré al mando de una nave que vibraba y sonaba de un modo singular, diferente a los otros coches que ahora me parecían de juguete. Mientras dábamos la vuelta a la manzana comentó que los papeles estaban al día, que le habían arreglado los frenos, que esto, que lo otro. La verdad era que, al menos en apariencia, se lo veía bastante estropeado. Le pregunté cuánto pedía. En aquel momento venía de una racha suertuda en mi fugaz desempeño como agente inmobiliario; además, aún tenía